

de nuestro instituto, como decían con complacencia refiriéndose á las tres jóvenes las autoridades de aquel establecimiento en las visitas imperiales.

—En este momento no la dirigiré á usted censuras —empezó diciendo la superiora con su tono comedido,—ya hablaremos después. Ahora es preciso saber. ¿Se puede castigar á esas jóvenes? ¿Cree usted posible dar un escándalo?

La inspectora respondió con un signo negativo.

—Sin embargo —repuso la señora Batourof,— la cosa se conoce en todas partes; al presente, es casi seguro que los jóvenes se lo habrán contado á sus compañeros de armas... ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué situación tan comprometida! ¿En qué piensan las señoras de clase?... Pero esta cuestión no quiero abordarla ahora. ¿Qué hacer?

La superiora estaba sentada en el rincón más distante de la puerta y la inspectora se acercó; se miraron y cuchichearon juntas. La conversación duró más de media hora, luego púsose en pie la señora Batourof y haciendo la señal de la cruz, dijo:

—¡Que el Señor venga en mi ayuda! Es una necesidad cruel y el corazón me sangra al pensarlo... Pero usted lo ha dicho, ¡un escándalo es imposible! Envieme á la señorita Grabinof.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA INSTITUCIÓN
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

La señorita Grabinof no tardó en presentarse. A decir verdad, no era más grande que una rata, tanto se había encogido y adelgazado. La tempestad que esperaba no estalló, al menos en apariencia, pues recibió los efectos del rayo concentrado en una mirada, pero la tempestad no rugió, lo cual no dejó de sorprenderla.

—¡Tiene usted una alumna gravemente comprometida, señorita!—dijo la superiora.

La Grabinof, creyendo haber oído mal, miró á la superiora.

—No finja ignorancia ni agrave su situación con alguna torpeza. Una de sus alumnas está comprometida en la estúpida cuestión de haber dado una cita. Se dice en el instituto que ha sido una de las más nobles y más ricas...

—¡Eso es falso, excelencia!—interrumpió la Grabinof, fiel á su pacto de alianza.

—Bien sé que es falso—repuso la directora,—pero no me interrumpa usted, se lo ruego. Hubiese deseado que todos esos rumores se hubieran reducido á la nada; desgraciadamente, han tomado ya mucha consistencia y la calumnia va siempre en aumento. Si

no damos una satisfacción á la moral pública, se dirá que el instituto entero se entrega á la desvergüenza más espantosa. Es preciso que se me diga el nombre de la que ha faltado á sus deberes.

La Grabinof bajó la cabeza. Aunque su inteligencia era muy viva, se negaba á admitir lo que se le pedía.

—Excelencia—murmuró,—la aseguro que los nombres que primero se han dicho, son una pura invención, una calumnia abominable; he comprobado por mí misma que las jóvenes que han sido acusadas están muy por encima de tan odiosas mentiras...

—¿Y la señora Banz, qué ha averiguado?—interrompió la superiora, que no tenía muy buena opinión de ella.

—No ha averiguado nada, excelencia; fué estando ella de servicio cuando ocurrieron esos desórdenes. Nunca, mientras he vigilado yo, han dado las jóvenes un escándalo semejante. Pero ella tiene el sueño tan pesado, es tan desidiosa...

—Usted confiesa que ha habido desórdenes—dijo la señora Batourof con una viveza que probaba cuán satisfecha estaba de haber hallado lo que se llama *la coyuntura*.

—Sin duda alguna, excelencia; yo no lo puedo negar...

—¡Pues bien! Háleme usted una culpable, necesito una culpable: usted conoce á sus alumnas, usted la debe encontrar. Vuelva dentro de media hora con todos los antecedentes que pueda adquirir.

La superiora despidió con un ademán á la señora de clase, que se fué casi tan aturdida como si el

instituto le hubiese caído sobre la cabeza.

¡Era necesario una víctima para la opinión pública! No debía ser ni rica, ni de familia ilustre, ni aun notable; era preciso que no tuviese padre ni amigos capaces de revolverse y provocar una información. ¿Cuál, entre sus alumnas, reuniría condiciones tan raras en los institutos? ¿Cuál? ¡Ah, sí! ¡Ranine, la odiosa, la antipática Ranine, que el destino parecía haberla señalado de antemano, preparando su expulsión con repetidos castigos!

¡Ranine; iba, pues, á librarse de Ranine!

Le costó mucho trabajo contenerse durante la media hora de plazo señalada por la superiora para buscar el cordero que debía inmolar. Veinte veces miró su reloj y se vió obligada á esperar con grave disgusto suyo; pero en el instante en que transcurrió la media hora, fué á presentarse.

—¡Y bien!—dijo la superiora al verla,—¿la ha descubierto usted?

—Sí, excelencia, y no podía ser otra más que la alumna que se ha distinguido por su insubordinación y su pereza.

—¿Quién es?

—Ranine.

Este nombre fué dicho sin titubear, sin la menor vacilación, con la misma sangre fría con que el matarife degüella un cabrito. La superiora la miró con fijeza.

—¿Está usted segura que es ella? Piense en que es usted responsable ante Dios y ante los hombres.

—Es ella, excelencia. ¿Y qué otra puede ser?

Esta réplica molestó á la superiora y volvió la

cabeza sin afectación.

—¡Qué caro han debido pagar las culpables su silencio!—pensó la superiora.

Se equivocaba. La Grabinof era más perversa que interesada. Si alguien le hubiese propuesto por dinero la infamia que cometía sin remordimiento, con seguridad la hubiese rechazado. Pero librarse de una alumna á quien odiaba y unirse á las otras por los lazos de la gratitud, era mucho más fácil y aceptable, sobre todo para una conciencia encallecida.

—¿Ranine ha confesado su falta?—preguntó la superiora.

—¿Confesar? ¡Oh, excelencia, usted no la conoce! ¡Es la encarnación del orgullo, no confesará nunca!

—¿Está prevenida?

—Lo ignora todo, excelencia. No cree haber sido descubierta.

—Está bien; retírese y guarde silencio.

La Grabinof salió con el corazón lleno de alegría. Su peligrosa misión estaba cumplida con una facilidad que la causaba sorpresa. ¡Qué estorbo se quitaba de encima!

Inmediatamente se mandó á buscar á la señora Sékourof, la cual no se hizo esperar. Pero, en presencia de su amiga, la directora se turbó; ante aquella conciencia recta no se atrevía á levantar los ojos. Sin embargo, como veintisiete años de despótico gobierno la habían adiestrado en el disimulo, trató de tener aspecto sereno y pudo conseguirlo.

—Hemos encontrado una culpable—dijo,—y esto bastará.

—¿Va usted á despedirla?

—Inmediatamente.

—Vamos, ¿puede usted hacérmela conocer?

Aquí la directora volvió á vacilar; luego censurándose esta debilidad, dijo con entonación casi tranquila:

—Es la señorita Ranine.

—¿La que cantó el otro día?

—La misma.

La señora Sékourof, juntando las manos con asombro, dijo:

—Eso no puede ser.

—Las que pueden saberlo me lo han asegurado.

—Pues la engañan, la digo yo. Esa joven ignora todo lo que es preciso saber para lanzarse á semejantes aventuras. Para eso se necesitan frívolas lecturas, curiosidad malsana y desprecio á la educación recibida; esa niña es incapaz de haber hecho lo de que usted la acusa. La digo á usted que es falso.

La superiora guardó silencio un instante.

—Es preciso que sea alguna—dijo con lentitud,—y ella es la única á quien se le pueden imputar las sospechas.

—¡Ah!—exclamó la señora Sékourof sin añadir nada más.

Había comprendido; la razón de Estado existe para los institutos lo mismo que para los imperios. La familia más modesta y más ignorada, tiene también su pequeña razón de Estado, á la cual se sacrifican algunas veces las existencias.

—¿Y va usted á plantarla en mitad de la calle?

La superiora levantó los hombros como diciendo: Esto no cambia gran cosa su destino.

—¿Y ella, según usted me ha dicho, carece en absoluto de recursos?

—Sí—dijo á la fuerza la autócrata mujer.

—¿No hará usted nada por ella?

—La forma en que sale de aquí me impide ofrecerle ningún recurso de una manera ostensible, pero dispongo de fondos secretos para ciertas limosnas y de ellos tomaremos lo necesario para hacerla un pequeño ajuar.

—Lo rechazará, estoy segura. Usted la deshonra...

—Lo sentiré mucho, pero...

—Déjeme usted que me encargue yo de emplear ese dinero, ¿lo quiere usted?

—¡Ah, con toda mi alma!—repuso la señora Batorouf, viendo una salida á aquella situación.

—¿Sabe ya lo que le espera?

—No.

—¡Pues bien! envíemela. Quisiera verla antes de que reciba el disgusto. Usted no tiene ya el corazón sensible, querida mía, pero esas jóvenes suelen tener el cerebro muy delicado, y puede volverse loca al verse arrojada por una falta que no cometió.

Un ademán de la superiora hizo sonreír á la buena señora Sékourof.

—Sí—repuso con amargura,—¡es culpable puesto que usted la despide! La autoridad superior no se equivoca nunca. ¿Quiere usted dejármela ver?

—¡Sea!

La directora llamó, dando orden de hacer venir á Ariadna; mientras iban á buscarla dijo:

—Hace usted retrasar la ejecución de mis proyectos; es preciso que pase algún tiempo entre lo

que usted va á decirle y lo que yo le diría; pero no la puedo negar á usted nada.

En seguida salió la directora del salón y algunos instantes después entró Ariadna, con el semblante sereno y franco el mirar.

—Usted me conoce, señorita—dijo la señora Sékourof, admirando la pureza de aquel hermoso y honesto semblante.

—Señora, me parece haberla visto aquí... ¿Fué usted la que me hizo cantar?

—Precisamente. ¿La gustaría á usted, señorita, consagrarse en absoluto al canto, teniendo un buen profesor?

—¡Oh, señora!—dijo Ariadna uniendo las manos, y alzó los ojos sobre ella, quedándose muda de placer.

—No soy rica, y puedo hacer poco por usted, pero si se contenta con una existencia muy modesta, vivir con poco y privarse en absoluto de modas y placeres, puedo ponerla en condiciones de aprender el canto, con un buen maestro que la preparará para el teatro, si es que tiene usted condiciones para ello.

—¡El teatro!—repitió Ariadna,—¡el canto! ¿Señora, no se burla usted de mí?

—Hablo con seriedad. Si no se siente usted capaz de ello, le será preciso ganarse la vida dando lecciones...

—¡Oh, señora, haré todo lo que me pidan, mientras se me permita cantar!

—¡Pues bien! estamos entendidas. Usted vivirá conmigo; hay un gabinetito muy pequeño y muy sencillo cerca del mío: el de mi antigua camarera, que

me sirvió treinta años y que se ha retirado á un asilo de ancianas. Usted lo habitará; mi camarera actual irá á compartir la habitación con la cocinera. Usted no saldrá más que para dar sus lecciones; yo no puedo presentarla en una sociedad, que no frecuento; usted será mi amiguita...

La señora Sékourof iba mostrándose cada vez más afectuosa á medida que iba viendo reflejarse la más profunda é intensa alegría en los ojos de Ariadna. Al concluir de hablar, se acercó á la joven, atrayéndola para abrazarla; pero Ariadna cayó de rodillas á sus plantas llorando y riendo á la vez.

—¡Madre mía, mi segunda madre!—dijo;—¡bendígame, que yo sienta su protección sobre mí!

Quedó de rodillas; la anciana señora, emocionada hasta el punto de derramar lágrimas, hizo el signo de la cruz sobre su rubia cabeza, y levantó á Ariadna estrechándola en sus brazos, y la dijo:

—Cuando usted salga del instituto, me entiende, cuando usted salga del instituto, mi casa está pronta para recibirla. ¡No se quedará usted ni una hora sin asilo, sin amistad!

—¡Ah!—suspiró Ariadna,—su amistad es la única que he conocido desde la muerte de mi tía.

—¡Qué! ¿no tiene usted amigos aquí, ni parientes fuera?

—¡Nadie! Hace cinco años que no recibo cartas.

—¡Pobre niña! Tanto mejor, así no sentirá ningún pesar al salir del instituto.

—Aun tardaré—dijo con tristeza Ariadna;—¡hasta el mes de Junio!

La señora Sékourof no tuvo valor para respon-

derle con una negativa.

—Vamos, hija mía—le dijo,—hoy, lo mismo que mañana, mi casa la espera á usted. Piense que en la vida hay momentos de prueba y que puede ocurrirle algo triste ó hasta espantoso; piense en lo que la he prometido.

Ariadna apenas pensaba en las tristezas de la vida. Corrió al piano, abriéndolo con rapidez.

—¿Quiere usted que cante alguna cosa?—dijo á su bienhechora.

¡Era todo lo que podía ofrecer, haciéndolo de la mejor gana!

—No, no; el momento sería poco oportuno. Vuelva usted á la clase, hija mía. ¡Hasta muy pronto!

Como joven sumisa á las órdenes de su madre, Ariadna cerró el piano y besando la mano que la sacaba de la miseria más horrible, reconociendo un beneficio cuya causa estaba muy lejos de sospechar, regresó al lado de sus compañeras. Nada extraordinario ocurría en el corredor ni en las salas de estudio. El día pasó sin sombras y las clases terminaron con el orden de costumbre.

XII

Al despertar del siguiente día, se avisó á las alumnas de que había misa en la capilla. Esto ocurría con frecuencia fuera de los días festivos, y nadie prestó en ello grande atención. Sin embargo, la entrada de las señoras de clase con sus gorros más hermosos y la presencia de algunos funcionarios que intervenían en el establecimiento, hizo cuchichear á las jóvenes.

—¿En honor de qué santo nos perdonan hoy la lección de la mañana?—preguntó Olga á su prima.

Esta, poco satisfecha de ver retrasarse el almuerzo, no respondió, concluyendo la misa como de ordinario.

Después de las últimas plegarias, el sacerdote bajó del altar y presentó la cruz á las asistentes para que la besasen. El desfile procesional se efectuó como de costumbre; un cierto malestar empezó, sin embargo, á apoderarse de la concurrencia, encerrada en la estrecha capilla. Las colegialas, pequeñas y grandes, se preguntaban el porqué de aquella solemnidad en un día que en nada se diferenciaba de los demás.

De repente, el terror oprimió aquellos corazones

juveniles al ver á la superiora avanzar hasta el centro de la capilla, dando frente á los fieles y la espalda al altar.

—Hijas mías—dijo la superiora, cuyos labios estaban tan pálidos como sus manos de cera,—mi corazón maternal ha sido herido en todas sus fibras; una de vosotras se ha hecho indigna de los beneficios del Czar, ha infringido los reglamentos de esta casa, ha faltado á sus deberes...

Un silencio horrible reinó entre la espantada concurrencia; se oía á la directora recobrar aliento trabajosamente; antes de acabar la frase tuvo necesidad de todas sus fuerzas; tal vez su alma piadosa, pero extraviada, invocaba perdón al cielo antes de herir conscientemente á un ser cuya inocencia conocía. Siguió diciendo:

—¡Esa oveja descarriada no puede juntarse á nuestro rebaño! ¡Que vaya en la paz y en la obscuridad á hacer penitencia de la falta que desde hoy la excluye de nuestro seno! Ariadna Ranine ya no pertenece al instituto.

Un débil grito respondió á esta sentencia, y Olga, pálida de cólera y de indignación, con los labios oprimidos para retener las palabras, se precipitó recibiendo en sus brazos á la infeliz desvanecida que iba á caer sobre el suelo.

Se hizo despejar la capilla, las jóvenes salieron vigiladas por las señoras de clase, en el mayor silencio. Cada cual adivinaba que se acababa de cometer una iniquidad.

—¡Déjela usted!—dijo la Grabinof á Olga, quien, de rodillas, sostenía la cabeza de Ariadna.—Déjela,

ya no forma parte de la clase...

Olga lanzó sobre la vieja solterona una mirada que la hizo callar, y, sin dignarse responderla, continuó quitando los alfileres que sujetaban la magnífica cabellera de su compañera. La superiora se aproximó al grupo, la mirada de Olga se encontró con la suya, y no era en los ojos de esta en los que había más cólera. Los ojos negros é indignados de la joven afrontaron el mudo reproche de la señora Batourof, viéndose obligada á bajar la cabeza.

—La cuidaré hasta el último instante en que esté entre nosotras—dijo Olga sin levantar la voz.

—Ese momento no tardará—repuso la superiora.—Antes de media hora habrá salido del establecimiento.

Se fué, pero el recuerdo de la mirada de Olga hizo subir á su semblante el color de la vergüenza aun mucho tiempo después, cuando todos parecían haber olvidado esta escena.

Ariadna no tardó en abrir los ojos, la primera persona que vió á su lado fué á la señora Sékourof, derecha á los pies del lecho de la enfermería á donde la habían trasladado.

El sentimiento de la vergüenza que públicamente le acababan de inferir le trastornaba el cerebro; pero la anciana señora se acercó é inclinándose sobre ella, le dijo:

—Mi casa la espera, venga usted, hija mía.

Ariadna sintió un torrente de lágrimas inundar de pronto su semblante, sin darse cuenta de cómo habían salido de sus ojos.

—¡Pobre hija mía!—dijo la señora Sékourof,—

vámonos cuanto antes, será mejor.

Ariadna quiso incorporarse; pero la cabeza se le desvanecía; tendió instintivamente la mano para buscar un apoyo: una mano ardiente cogió la suya y un brazo vigoroso la sostuvo; sorprendida, volvió la cabeza.

—¡Olga!—dijo,—tú aquí, ¡á mi lado! ¡pero si he sido expulsada!

Sin responder, Olga siguió sosteniéndola. Cuando estuvo sentada en el borde del lecho, vió á la orgullosa Olga, con creciente asombro, quitarla los zapatos de uniforme.

—¡Déjala!—quiso decirle.

Siempre silenciosa, Olga retuvo el pie que se le escapaba y continuó descalzándola. Cuando estuvo desnuda, una lágrima ardiente le cayó encima. Ariadna miró á su compañera.

—¿Tú lloras? ¿Me compadeces? ¡Yo creía que nadie me quería, sobre todo tú!

Olga continuó desnudando á Ariadna, que no debía llevarse nada perteneciente al instituto. Se le puso un traje negro muy sencillo, llevado por la señora Sékourof.

Cuando se terminó de vestir, la anciana cogió á la joven por una mano y le dijo:

—Vámonos, aún hay que sufrir una prueba más. La señora superiora la espera; es preciso despedirse de ella.

—¿Para qué ha de verme?—dijo Ariadna. Tal vez haya merecido el castigo; pero yo no me creía tan culpable. Me agradaría más no verla.

—Espera un poco—dijo Olga, que bajaba corrien-

do la escalera roja.

Llamó en casa de la superiora y fué admitida. El gabinete estaba lleno de gente; profesores y funcionarios habían ido á saludar á la señora Batourof y á protestar de su adhesión. La entrada de Olga sorprendió hasta el asombro á la anciana mujer, pues era un acto de inaudita audacia, sobre todo en aquellos instantes tan especiales y delicados, después de haberse hallado frente á frente.

—¿Qué desea usted?—preguntó la directora.

—He de pedirla un favor, *mamá*—dijo con dulzura la joven aristócrata, y sus ojos inteligentes se fijaron sobre *mamá* con una expresión que estaba muy en desacuerdo con su sumisión aparente.

La superiora leyó tan tempestuosas amenazas en aquella mirada, que temiendo ver perdido con una imprudencia el fruto de sus cálculos, con gran asombro de los asistentes llevó á Olga á una habitación inmediata.

—Hace lo que quiere—dijo el sacerdote á sus sorprendidas ovejas;—¡es de muy grande familia! ¡Y Su Magestad se dignó tenerla en la pila bautismal!

En el pequeño salón inmediato, Olga miraba á la directora muy frente á frente y, á pesar de su mucha edad y categoría, sintió un malestar terrible.

—Ranine desearía en extremo no ver á usted más. ¿Su excelencia no le perdonaría este nuevo disgusto?

—Es preciso que sufra la reprimenda que merece—dijo la directora mirando por la ventana.

—No está en estado de soportarla. ¿Le puedo decir que usted le permite marcharse en seguida?

La superiora sentía la indignación, la cólera de la autoridad, en el timbre juvenil de quien le hablaba con las formas del respeto. No pudo contenerse.

—Usted pide muchas cosas, señorita—dijo en francés;—sin embargo, sus últimas notas no la dan derecho á esperar mucho de mi bondad.

—Convengo en que soy una aturdida, una atolondrada—repuso Olga sin bajar los ojos,—pero de hoy en adelante me portaré mejor, y además...

—Además, ¿qué?—dijo con dureza la superiora.

Olga levantó con orgullo su hermosa y arrogante cabeza, respondiendo en alta voz:

—Nadie está sin pecado. Diga, *mamá*, ¿me permite decir á Ranine que está libre?

—¡Vaya!—respondió la superiora muy incomodada volviéndole la espalda.

Olga la hizo una profunda reverencia y se fué á los corredores, donde todas comentaban el terrible acontecimiento.

—¡Para una buena obra, señoritas!—las dijo corriendo sofocada y presentándolas su delantal blanco. Para una buena obra, dadme todo lo que tengáis.

—Pero, es preciso saber qué buena obra es esa—dijo la señora Banz.

La Grabinof no estaba lejos.

—A usted nada se le pide, querida señora—repuso la implacable Olga;—las buenas obras no se acercan á usted. ¡Perdón! quería decirle que era la perfección misma: todo lo que usted hace es una buena obra. Pero vosotras, queridas mías, que no sois tan perfectas, pronto, dadme cualquier cosa, la mejor y

más hermosa posible.

Sin responder á las reiteradas preguntas de la obtusa señora Banz, Olga corrió á la mesilla de sus amigas y sin piedad desbalió á las dos Gracias restantes. Chucherías, objetos preciosos, de todo se apoderó. Sus amigas quisieron resistir, pero ella las miró con penetración y no osaron pronunciar una palabra.

—¿Dónde va usted?—le preguntó la Grabinof al verla correr con el delantal lleno.

—A consolar á los afligidos—respondió Olga;—es una obra de misericordia.

—Y desapareció.

—He aquí el adiós del instituto—dijo á Ariadna, que silenciosamente lloraba apoyándose sobre el hombro de la señora Sékourof;—la superiora me envía á decirte que no es necesario que te presentes á ella.

La vieja señora miró á Olga con atención, adivinando el íntimo drama que se desarrollaba en su alma.

—¡Adiós!—dijo Ariadna;—da las gracias en mi nombre á esas señoritas; á ti, te las doy yo—agregó cogiendo á Olga por una mano. Te acusaba de ser mala y orgullosa, y me he engañado; te has mostrado mi amiga en la desgracia...

—¡Adiós!—le interrumpió Olga, abrazándola.—Vete pronto, esta casa no ha sido buena para ti.

Ariadna lanzó una mirada sobre las paredes frías y desnudas de la enfermería... En verdad, aquella casa no había sido buena para ella. Bajó la escalera apoyándose en Olga y en la señora Sékourof, que la

llevaban en medio, pues sus pasos eran aún vacilantes.

Las jóvenes corrieron á la escalera para verla. Una expulsión oficial era una cosa tan rara, que el terror imperaría en el instituto durante varias generaciones de alumnas. Nadie decía nada viendo pasar á la infeliz joven: un vago sentimiento de repulsión hacía retroceder insensiblemente á las primeras filas de curiosas, pero era la única muestra de desaprobación que se atrevían á dar.

Al llegar al primer rellano, al de su clase, Ariadna salió de su estupor; sus compañeras estaban todas allí. ¿Sus ojos que tantas veces la persiguieron con sus burlas irían aún á lanzar el sarcasmo sobre ella? Levantó la cabeza; se la compadecía de un modo visible. Todas sabían que ella no había ido al refectorio durante la noche; y, bajo sus miradas, los semblantes se dirigieron instintivamente hacia la Grabinof.

Se había atrevido á presentarse allí, para asistir á la marcha de la alumna maldita y odiada; no había retrocedido ante el espectáculo de su infame obra.

—Sed felices, señoritas—les dijo Ariadna deteniéndose un momento; luego dirigiéndose á sus compañeras, añadió:—Perdonad mis ofensas voluntarias é involuntarias, para que me pueda ir tranquila.

—¡Que Dios te perdone!—respondieron las jóvenes, según la fórmula consagrada.

Con el corazón oprimido, bajó Ariadna los últimos escalones, llegando al vestíbulo. La puerta estaba abierta ante ella; Olga la soltó, abrazándola tres veces y Ariadna no tuvo á su lado más que á la

anciana señora.

—¡Adiós!—dijo á su compañera.

Esta cogió la mano de Ariadna, inerte á su costado, y la estrechó con fuerza; la alumna expulsada sintió en aquella mano un beso furtivo que parecía pedirle perdón. Era la culpable que se humillaba ante la inocente. Dos pasos más y la puerta se cerró detrás de Ariadna Ranine, expulsada del instituto por infringir gravemente el reglamento.

XIII

Es una impresión muy extraña la que produce el arroyo bajo el pie de las reclusas que abandonan su asilo. El aire fresco, el movimiento, el ruido de los coches, no emocionan con tanta viveza el espíritu como el contacto brutal de los pies que no han conocido más que las losas unidas ó los pisos encerados, con la piedra angulosa de las calles.

Ariadna caminaba trabajosamente y sus pies delicados sufrían al dar cada paso; era el emblema de su existencia; debía también probar todas las asperezas de la vida.

Los primeros días que pasó en casa de la señora Sékourof fueron, sin embargo, para ella de un inexplicable bienestar. Sentíase rodeada de una **compasión** real y eficaz; y además el canto, el canto divino, inagotable, le abría el cielo durante tantas horas; la señora Sékourof se vió obligada á prohibirle cantar más allá de cierto tiempo prudencial.

En el fondo de su alma, Ariadna no era desgraciada; estaba muy lejos de sospechar la abominable trama de que había sido víctima expiatoria: creíase expulsada por haber faltado á clase el día que se excedió en cantar, y la parecía haber sido castigada